

HORIZONTE ROJO

Nº3



ROCÍO VEGA

EditorialCaféconLeche

HORIZONTE ROJO
(N.º 3)

SIN SALIDA

Rocío Vega

Este libro es el resultado de mucho trabajo y cariño por parte de la editorial y de su autor. No lo piratees, cómpralo y valóralo para que podamos hacer otros aún mejores.



café **espresso**

—¿Qué pasa si no me trago nada de esto?

Bahuer frunció el ceño y sonrió de medio lado. Seguía manoseando su pistola desde que la había recogido del suelo, incluida toda la charla con Ashwood en su apartamento. Debía de sentirse importante, el muy idiota. La había llevado al aparcamiento vertical de la manzana. Aunque en la Sígel casi todo el mundo utilizara el maglev, algunos conducían aeromóviles para moverse por la estación a placer. No sabía que pudiera costearse uno; los impuestos de circulación de la Sígel eran altos y el precio del combustible una locura. Probablemente ni siquiera fuera suyo.

—¿A qué te refieres?

—No me creo toda la pantomima que os habéis montado —dijo Kerr con los brazos cruzados. Bahuer había abierto la puerta del vehículo desde su *holo* y los asientos vacíos le parecían cualquier cosa excepto seguros—. Seguro que os estáis tirando un farol.

—¿Qué dices?

—Kirsten. No me creo que podáis cargárosla como si nada si me niego a ayudaros. No me lo creo.

El mercenario rio entre dientes.

—Sube, Kerr. —Ella negó con la cabeza y Bahuer, paciente, hizo un gesto de falsa cortesía para invitarla a entrar—. Vamos a verla para que saques tus propias conclusiones.

No podía confiar en Bahuer, pero ambos sabían que Kerr no colaboraría sin un motivo convincente, así que se apoltronó en el asiento del copiloto y se abrochó los cinturones de seguridad. Algo la hizo arrepentirse. Que Bahuer no hubiese dudado ni un segundo implicaba que contaban de veras con el poder de obligarla a hacer lo que quisieran. Fuera lo que fuera lo que tenían que enseñarle, no le iba a gustar.

Por eso, Kerr trató de obtener algo a cambio.

—Quiero ir a su casa.

Él no se hizo esperar:

—No.

—Tengo que contactar con su familia. Nadie sabe que está en el hospital.

—Que contacte tu padre con ellos. Es su trabajo, ¿no?

Apretó los dientes. Bahuer tenía razón. Su padre debía de tener los contactos de la familia de Kirsten, pero ya que el accidente había ocurrido fuera de servicio, no tenía responsabilidades al respecto. Siendo como era, parecía improbable que se tomase la molestia. Si a ella le ocurría algo o Primus Filius decidía eliminarla una vez obtuviese lo que necesitaba de ella, quería asegurarse de que alguien se ocupaba de Kirsten. Además, no pensaba ponérselo tan fácil al capullo de Bahuer.

—Si quieres que coopere, vas a llevarme a su casa. ¿Me oyes?

Bahuer bajó la barbilla y la miró como su padre cuando accedía a una de sus peticiones, como si la indulgencia costase dinero.

—Vale. Pero se acabaron las peticiones por hoy. Si quieres más privilegios, tendrás que ser buena.

—Que te jodan —murmuró ella pegando la cabeza al cristal.

El aeromóvil se elevó del suelo y se incorporó al flujo de tráfico a medida que Bahuer aceleraba. Kerr nunca se había acostumbrado a viajar en aeromóvil por la estación. En una nave, maglev o cualquier otro cacharro, no había problema. En cambio, se le revolvía el estómago tan pronto se asomaba por la ventanilla de uno de esos coches voladores. Se forzó a mirar a pesar del mareo. Quería asegurarse de que Bahuer la llevaba al hospital y no a cualquier otro lado.

Jamás habría imaginado que el muy cabrón fuera a unirse a Primus Filius. Era de esperar que aceptasen zotes como Bahuer en sus filas; después de todo, necesitaban tipos duros para que disparasen las armas mientras la gente inteligente se dedicaba al politiquero. Para Bahuer, que carecía de más habilidades que las de combate, debía de haber sido una oportunidad de oro. Si ella no hubiera tenido a Horizonte Rojo, quizás... No. No pensaba compararse con ese pedazo de mierda ni un minuto más.

—¿Cómo os habéis enterado de lo de Kirsten? —preguntó Kerr con la mirada perdida en los aeromóviles cercanos—. ¿Enviaste tú al arriano?

Bahuer chascó la lengua en señal negativa.

—No, eso fue cosa suya. Supongo que buscaría información sobre ti en la Extranet o pagaría a un hacker para que te localizase por el *holo*.

—¿Eso es lo que hace Primus Filius?

—Nah. —Bahuer se volvió hacia ella sin dejar de conducir—. Te estuve siguiendo desde que llegaste.

—Eres un puto enfermo.

—No lo hice porque quisiera. Fueron órdenes de arriba. Supongo que les interesabas por tu cercanía con la niña.

—No tengo ninguna cercanía con la niña. Apenas la vi en todo el viaje.

—Pues porque la madre se fía de ti, no lo sé. Yo solo cumplo órdenes. —El aeromóvil se desvió y bajó varios niveles—. Esta gente me respeta, ¿sabes? No hay color. Aquí puedo proponer planes y me escuchan, no como cuando trabajaba para ti. Saben que valgo más de lo que aparento.

Kerr le miró por primera vez en todo el viaje. Bahuer lo sabía. Ella había terminado por entender el motivo por el que le había aceptado en Horizonte Rojo, el mismo por el que le despreciaba y se avergonzaba de él. Quizá hubiese sido un capullo desde siempre, pero su rencor hacia ella y sus ansias de venganza eran anteriores a Irdis y a los arrianos. Kerr se había creado ese enemigo, no al contrario. La culpa era suya.

Para variar.

El aeromóvil aterrizó en una de las plataformas superiores. Bajaron a la planta de Cuidados Intensivos y buscaron la habitación en la que estaba ingresada Kirsten. La

había dejado allí hacía un par de horas, pero parecía que hubiese pasado un mes. Al otro lado de la mampara protectora, la piloto continuaba exánime mientras una enfermera tomaba notas en una pizarra holográfica al pie de su cama. No hacía ni un día que habían pasado la mañana tonteando, charlando sobre chorradas que no podían parecerle más banales. Hasta iban a salir a cenar juntas. Ahora, sería toda una suerte si Kirsten podía comer algo que no saliera de una pajita.

—Aquí la tienes —dijo Bahuer. Desplegó su *holo* y escribió un mensaje. Hizo un pase de manos como si acabase de hacer un truco de magia y, pocos segundos después, la enfermera levantó la vista de su pizarra y saludó a Kerr.

La mercenaria no pudo evitar dar un brinco.

—Hemos pensado que, para asegurarnos de que no me pegas un tiro o me lanzas por la escotilla para escapar, debo introducir un código cada hora para cancelar la ejecución de Kirsten. —Bahuer sonreía—. Esa enfermera es solo una. No te puedes imaginar de cuánta gente dispone Primus Filius en este hospital. Tenemos recursos.

“Tenemos”. Kerr se volvió para mirarlo llena de desolación.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando para Primus Filius, Bahuer?

—¿Cinco, seis meses? No estoy seguro —respondió mientras se rascaba la mandíbula mal afeitada con un ruido áspero—. A tiempo completo, solo desde que me dejaste tirado en Irdis. Ahí me di cuenta de que no merecía la pena seguir

bailándote el agua. Por suerte, les interesaba seguir sabiendo de tu vida, sobre todo después de que te llevaras a la niña contigo.

—¿Me has estado espiando para ellos? —Apenas era capaz de contener tanta indignación—. ¿Qué cojones quieren de mí?

Él se encogió de hombros, como si la idea de que Kerr se sintiera traicionada le resultase graciosa.

—No lo sé. Me pedían un informe de vez en cuando. Ahora me dan más de lo que me dabas tú. Dinero, quiero decir. —Se colgó los pulgares de los bolsillos—. Aunque he de decir que a Ashwood no le vendría mal un meneo. Es un poco mayor, pero...

—Te darán más dinero, pero estos no apuntarán al brazo cuando les toques las pelotas. Te pegarán un tiro en la cara y sin preguntar.

Bahuer sonrió.

—¿Como a Kirsten?

No vio venir el puñetazo que Kerr le soltó en la boca. Ella se arrepintió tan pronto como la explosión de dolor se extendió por sus nudillos, pero no había podido evitar la reacción. Bahuer sacudió la cabeza, se lamió la sangre del labio de una pasada rápida con la lengua como si nada y siguió hablando:

—Es gracioso lo de Kirsten. No lo del tiro, sino que te hayas colgado tanto de ella. Dudo que por mí estuvieras haciendo todo esto.

—Ella huele mejor.

Bahuer sonrió y gesticuló en dirección a la enfermera para indicarle que no había de qué preocuparse. Derrotada, Kerr dejó

caer los hombros. Animado a pesar de su explosión, o quizás a causa de ella, él le indicó que era hora de despedirse y de volver al aeromóvil. Kerr no quiso girarse para mirar a Kirsten por última vez, pero se obligó a aprenderse la cara de la enfermera de memoria para matarla algún día.

Se dejó caer en el asiento y ni se molestó en abrocharse el cinturón. Si Bahuer tenía un accidente y ella se mataba, no tendrían razones para ejecutar a Kirsten, ¿no? La lógica le parecía buena. Se mantuvo en silencio todo el viaje mientras el vehículo hacía fintas entre el tráfico, deseando con fervor que otro aeromóvil chocase con ellos para salir despedida por la luna frontal y caer quinientos metros hacia la muerte. Nadie la echaría de menos porque no tenía nada que ofrecer. Sus manos estaban llenas de mierda y solo conseguía ensuciar aquello que tocaba.

Joder, cómo necesitaba un trago para despejarse la cabeza.

—Oye, Kerr —dijo Bahuer al cabo de un rato, quizá ablandado por su expresión abatida—. Igual estoy siendo muy duro contigo. Perdona. No puedes culparme por emocionarme un poco. Llevaba mucho tiempo esperando esto. Tener poder sobre ti, quiero decir. Además, lo que pasó en Aceres me cabreó de verdad. Hasta pensé en demandaros por el despido, pero no era más que un farol. —Kerr apretó los dientes y se giró por completo hacia la ventanilla. No podía creer lo que estaba oyendo. Si no respiraba hondo y se controlaba, iba a saltarle encima y a arrancarle la tráquea—. No sé por qué tienes que ser tan cabezota. Este trabajo es pan comido. Podemos trabajar juntos, ¿eh? No lo hacíamos tan mal. Si me ayudas a llevarme a la niña, te juro que Kirsten estará bien. Yo me iré de la Sígel y os

dejaré en paz a las dos para siempre. —Posó la mano en su rodilla y la acarició con suavidad—. O no, depende de...

—Quita esa mano de ahí si quieres conservar los dedos — le espetó ella, girándose despacio—. Y quizá pienses que pueden cosértelos de nuevo, como a mí, pero de por donde voy a metértelos nadie querrá sacarlos jamás.

Bahuer sujetó el volante con las dos manos.

—Era una idea. No te enfades.

Tenía sentido que Bahuer mantuviera cierta esperanza de volver a acostarse con ella incluso en mitad de aquel lío. Después de todo, se habían pasado un año follando, y en los últimos seis meses siempre se habían ido a la cama después de lanzarse los trastos a la cabeza de manera verbal o literal. Kirsten podía dar fe gustosamente de que la dominación y la sumisión la atraían como juego de cama. Con ella era un divertimento, un desequilibrio de poder pasajero e irreal que terminaba tan pronto lo hacía el sexo. Sin embargo, en el juego con Bahuer no había cabida para la preocupación por el bienestar del otro y siempre contenía pinceladas de rabia y odio.

No había sido así desde el principio, claro. Aquel tumor había ido creciendo con el tiempo, alimentado por ambos a fuerza de desprecios y desplantes. Pero por mucho que hubiese sido cosa de los dos, Kerr era consciente de que la culpa fue suya desde el principio.

La cena había sido extrañamente distendida. Era el primer viaje de los nuevos reclutas, Sanji (el piloto, que recibiría una mejor oferta de otro equipo y rompería el contrato ocho meses después) y Bahuer, y habían pasado una velada de charla y camaradería inusitadas. Hasta Rurik había contado una de sus anécdotas de cuando era un mercenario joven con una sonrisa en los labios.

Kerr se sentía exultante. Había pasado toda la cena tamborileando sobre la mesa cuando no se llevaba el vaso a los labios o usaba los cubiertos, como si no pudiera dejar quietos los dedos. De vez en cuando, su mirada se cruzaba con la de Bahuer. Era un encuentro breve y discreto del que ninguno de los dos hizo mención alguna. Sabían lo que estaba pasando, pero aún no era el momento.

Le gustaba su cara, con esos labios carnosos que pedían a gritos un buen mordisco. Le gustaba la anchura de su espalda y sus hombros y el olor potente que desprendía. Lo había notado al estrecharle la mano durante la entrevista de trabajo y aquella mañana, cuando le había acompañado hasta su camarote. Se moría de ganas por hundirle las uñas en el cuello y sentirlo entre las piernas, pero cada vez que aquella idea aparecía en su mente se esforzaba por expulsarla.

Sanji había recogido la mesa, probablemente para ganar puntos por buen comportamiento, y se había retirado a dormir. Rurik había tardado un poco más. Parecía relajado y amistoso, y

más tarde Kerr lamentaría no haber disfrutado de su buen humor en lugar de desear que la cena terminase cuanto antes. Los momentos en los que a Rurik le apetecía compartir tiempo con el resto de personas se espaciaban cada vez más.

El último en irse a dormir había sido Nutty, cuya presencia había resultado menos incómoda de lo habitual. No había participado mucho, pero había prestado atención a todo lo que decían. Al final, cuando el silencio entre los tres se había tornado absurdo al tratarse de una lucha por forzarle a marcharse, el francotirador se había levantado sin hacer ruido y había dicho:

—No folléis encima de la mesa. Pesáis demasiado.

Kerr se sonrojó. No dejaba de sorprenderle que ese capullo sin sentimientos fuese capaz de captar tan bien los del resto de personas.

—¿Es siempre así? —preguntó Bahuer recostándose en la silla con una sonrisa que le removi6 las entrañas.

—Es un maldito chalado y no le importa que la gente lo sepa, pero hoy ha estado muy... tratable.

Ella se puso de pie. No supo por qué. Quizá intentaba evitar lo inevitable. Quizá intentaba arrepentirse a tiempo.

—¿Crees que tiene razón?

Él la imitó. El mono del equipo le quedaba como un guante y la apertura de la cremallera, hasta el est6mago, dejaba entrever su pecho marcado bajo la camiseta. Kerr levantó la mirada demasiado despacio.

—¿Sobre la mesa? —murmuró, y no estuvo segura de si se trataba de una pregunta o una propuesta.

Bahuer atravesó el espacio que quedaba entre los dos con la mirada encendida y Kerr dejó de luchar contra sí misma. Nunca había sido buena refrenando sus instintos, de todos modos.

Le besó, por fin. Su labio superior estaba áspero por la barba, pero no le importó. Tampoco le importó que él fuera a sacó y le manoseara las tetas por encima de la ropa mientras apretaba su cadera contra la suya. Kerr aprovechó para bajarle la cremallera del todo y meterle la mano en el pantalón. Era de los rápidos en empalmarse. Eso también le gustaba.

Se sentó en la mesa y se quitó los zapatos con los pies mientras se bajaba el pantalón y las bragas. Uno de los dos los lanzó lejos sin dejar de besarse como animales, con los labios, la lengua y los dientes. Hubo una breve pausa cuando Kerr sintió el roce de su polla entre sus piernas y tanteó para guiarlo en la dirección correcta. Cuando él la penetró hasta el fondo, Kerr soltó un gruñido y estiró la espalda sobre la mesa. No tardaron en recuperar el ritmo.

Bahuer entraba con fuerza, sin ambages. Ella no los necesitaba. Había rodeado su cuello con los brazos y se dejaba llevar sin oponer resistencia, moviéndose a la par que él. La mesa crujió bajo su peso a cada envite. Kerr tuvo el vago pensamiento de que, si se rompía, el resto de la tripulación sabría por qué sin tener que preguntar, como si hubieran sabido desde el principio la verdad.

Había habido otros candidatos igual de capaces que Bahuer. Algunos, tal vez mejores. Pero durante la entrevista, mientras su padre repasaba en alto su ficha y sus méritos, Kerr se

había dedicado a mirarle. Él se había vuelto hacia ella con ese aire chulesco que sabía que acabaría trayendo problemas y Kerr había decidido contratarlo. Le había dicho a su padre que le consideraba la mejor opción, pero era mentira. Se trataba de mera lujuria, un deseo egoísta que había intentado negarse a sí misma hasta que Rurik los había dejado a solas. En el fondo, lo había sabido desde el primer momento.

—Estoy cerca —dijo él de manera entrecortada.

—Espera. Agárrame.

El brazo de Bahuer se enroscó en su cintura. Ella aprovechó para colar una mano entre ellos y darse placer. Él tuvo la cortesía de variar el ángulo para darle espacio y permitirle así llegar al orgasmo en una serie de violentas convulsiones que la habrían llevado al suelo de no haber estado bien sujeta por dos enormes brazos sudorosos. Le pareció oír los gemidos de Bahuer contra su oído, por lo que supuso que también se corría. Su mente quedó desconectada durante unos segundos a medida que sus cuerpos chocaban entre sí en fuertes espasmos, finalmente desacompañados una vez habían logrado lo que querían el uno del otro.

Bahuer se apoyó en ella mientras recuperaba la respiración. Su sudor resbalaba de una cara a otra. Salió de su interior y se abrochó los pantalones, sonriente. Se pasó la mano por la frente húmeda y se peinó hacia atrás.

—No ha estado mal —jadeó con una sonrisa.

—Ha estado bien —respondió ella entre dientes, aún medio mareada por la fuerza de su orgasmo.

El mercenario recogió del suelo el pantalón y la braga de los que se habían deshecho sin prestar atención a dónde caían. Se los tendió a Kerr. Ella bajó de la mesa y trató de mantener el equilibrio sobre las piernas temblorosas.

—Espera, estoy goteando. —Kerr le señaló el expendedor de papel de la cocina, a un metro detrás del mercenario—. ¿Puedes...?

Bahuer se estiró y tomó un pliegue de papel para dárselo.

—¿Usas el *Safe*? —preguntó ella mientras se secaba. Tendría que habérselo preguntado antes, pero habían estado demasiado ocupados arrancándose la ropa mutuamente como para hablar de cosas importantes. Ella lo tenía en regla y funcionando, por lo que no debía preocuparse demasiado, pero años de promiscuidad le habían enseñado que preguntar era de buena educación. Así se daba a entender que uno se interesaba por el bienestar de los demás aunque no fuesen a volver a verse en la vida.

—Todo verde —respondió él sentándose en una silla—. ¿Tienes algo de beber?

Kerr anadeó hasta uno de los armarios, de donde sacó una botella de licor dorado. En el contiguo había vasos. Sirvió uno para cada uno y se sentó en la misma mesa donde habían follado después de darle una rápida pasada con el papel.

—Será mejor que nadie de la tripulación sepa esto —dijo llevándose el vaso a la boca.

Bahuer la imitó.

—Mis labios están sellados, jefa. No creo que a ninguno le interese saber lo que ha pasado sobre la mesa en la que comemos. —Sonrió y volvió a beber—. Aunque no me importaría que volviese a ocurrir.

Kerr apretó la mandíbula.

—No creo que sea buena idea. Soy tu capitana y tú mi subalterno. Ha estado bien, no me arrepiento. Pero esto ha sido todo, ¿entendido?

—Alto y claro, jefa —respondió Bahuer con una sonrisa encantadora que le hizo desear que protestase, que se quejase y volviese a bajarle los pantalones una vez más—. Las órdenes son las órdenes, y a mí se me da bien cumplirlas.

Aún era pronto para saber si Bahuer decía la verdad o no, pero Kerr no podía dejarlo a su elección. Tenía que hacerse una promesa y mantenerla en firme, aunque el ansia le rasguñase el vientre y aquel cuello apetecible fuese perfecto para hundir los dientes en él. No podía permitir que el deseo le nublará el sentido. Si iba a ser capitana, debía serlo con responsabilidad.

—Bien —dijo ella con seguridad—. Entonces no hablemos más de ello.

“Vaya, Kerr rompe sus promesas. Menuda decepción”.

La voz de Kirsten le hizo regresar al presente. Acababan de aterrizar en la azotea de su edificio.

★ CRÉDITOS ★

“Horizonte Rojo (n.º 3)” © Rocío Vega, 2016

www.rociovega.es

La saga Horizonte Rojo es © Rocío Vega, 2016

Otros títulos relacionados:



Editores de colección:

Diana Gutiérrez y Ricardo Cebrián

Cubierta: Sara Pérez (<http://prez.artstation.com/>)

Corrección y maquetación: Diana Gutiérrez

© 2016 Editorial Café con Leche

www.editorialcafeconleche.com

